

LA LUZ.



PARECE la luz la obra mas bella, la mas pura de cuantas nuestros ojos admiran. Es el meteoro mas sorprendente, y el que embellece á la naturaleza toda. No es fugaz, ni fosfórica como el relámpago; no es fantástica como la eeshalacion que cruza la bóveda del cielo en medio de la noche; es apacible, es tranquila, es el fluido que ilumina constante el ancho espacio; es lo que tiñe, con sus mil colores, todo lo que es bello y placentero á la vista del hombre.

Cuando Dios, con el poder inmenso de su palabra, sacaba la luz del caos y de la nada, cuando al

crearla vivificaba los cielos y los mundos, debió quedar contento y satisfecho de su propia obra. ¿Qué sería la creacion entera, si no la bañasen torrentes de luz? ¿Qué valdría cuanto ecsiste, si yaciera hundido en tinieblas? Sería casi la nada. ¡Oh! la luz es la que anima la ecsistencia de las criaturas, es la que vivifica la tierra, es la que esparce la belleza, la que sola nos revela la grandeza de Dios, y la que cría en lo íntimo del corazon el sentimiento....

Desde el seno de Dios brotan límpidos y puros los rayos poderosos de la luz; rápidos como la voluntad infinita, recorren en instantes las regiones en que giran mil mundos: no hay ave cuyo vuelo sea comparable con el curso de la luz; ni el relámpago, ni el torrente, ni el pensamiento del hombre pueden alcanzarla en su carrera.... Y cada uno de sus millares de rayos lleva consigo los gérmenes de la hermosura, lleva consigo todos los colores; y al caer sobre las obras de Dios, les imprime un sello de belleza, las pinta con un color á cada una, sin confundir jamas uno con otro; sigue sumisa las leyes inmutables que le traza la sabiduría del Ser Eterno.... Esos rayos de luz, ya deramados en todo lo que ecsiste, tienen aún otra mision que cumplir; ellos lanzan sus partículas impalpables y divinas á los ojos de todas las criaturas, para revelarles los mil portentos que encierra el universo, y hallan en el ojo el espejo mas perfecto donde se pinten las claras imágenes de los otros séres.... y la luz, ese don del cielo, hiere los ojos del hombre que domina y sufre en la tierra, y tambien hiere los ojos del vil insecto que se confunde en el polvo....

¡Qué espectáculo tan grandioso es contemplar la

obra de la luz! Ella dá sus destellos bellísimos á las estrellas y luceros; ella tiñe de zafiro la bóveda del cielo; ella pinta los mil colores de cada árbol, de cada flor. . . . Sin ella no relucieran las alas de la mariposa, ni el plumage del colibrí; sin ella no tendría su púrpura el clavel, su nieve el lirio. . . . Sin ella no brillarían cual llamas el diamante y el rubí; sin ella no serían refulgentes y apacibles los ojos de la muger, ni habría carmin en sus lábios de seda. . . . Cuando á la hora del alba, despierta la naturaleza, al sentirse bañada por la luz, van naciendo poco á poco en las selvas y en los prados los colores de la yerba y de las rosas; toman su brillo diáfano las cascadas y los torrentes, y conmovidas las aves, saludan con sus trinos al meteoro que esparce vida en la creacion. . . . Esos celages que vagan dulcemente mecidos por el viento, de la luz tienen sus colores sin nombre. . . . Esas nubes que hermosas esparcen oro y fuego, rosicler y grana en Occidente, cuando muere el día, están teñidas por la luz; ese brillo melancólico y sublime de la luna que silenciosa por el éter vaga, es un efecto de la luz. . . . ¡Ah! todo lo bello, todo lo grande, todo cuanto conmueve con dulzura nuestra mente, todo cuanto nos arroba en grata contemplacion, tiene su belleza de la luz; ella es el lenguaje elocuente y persuasivo con que habla á nuestro corazon, ella el medio de

que Dios se vale para penetrar hasta nuestra alma al través de la materia en que vive aprisionada en la tierra.

¡Qué magia, que encanto hay en la luz cuando llena de azul purísimo los cielos, cuando desplega sus bellezas todas en el íris despues que ha resonado pavorosa la voz de la tempestad! ¿Para qué interrogar á la orgullosa ciencia, para qué estudiar con fría filosofía el meteoro, hijo del cielo y vivificador del mundo? ¿Para qué si la belleza que difunde nos dice que hay un Dios, si nos conmueve, si agita con dulzura nuestra mente, y llena de delicia el corazon?

Bien puede al traves del prisma portentoso, que produjera la inteligencia de Newton, descomponerse el rayo de luz; esto no es mas que una prueba de la bondad divina que permite al hombre profundizar sus obras eternales; pero así, se estudia la luz en medio de las tinieblas; se miran pálidos los colores del íris, y nada mas. . . . porque la inteligencia no comprende cómo se tiñen las plumas de las aves, cómo se pintan las hojas de las rosas. . . . En medio de los campos, fijando la vista en el éter, en las plantas, en el insecto mas pequeño, es como comprendemos lo que tenemos que comprender: que somos nada, y que hay un Ser, inmenso, sábio y poderoso, que nos dispensa la existencia con sus mil deleites. . . . y entónces el hombre no tiene nada que ofrecer digno de Dios, sino un culto de amor y de admiracion. . . .

¡Ah! sin la luz, los cielos y los mundos serían casi la nada; las alas de la tiniebla en-

negrecerían á la creacion; reinaría el caos. . . .
En el mundo moral tambien hay una luz que anima á los espíritus, que los embellece, y les hace sentir emociones deliciosas. Sin ella, la duda y el hastío desgarran el corazon. Esa luz sacrosanta, es la esperanza, es la fé!

1850.—FRANCISCO ZARCO.





Mariana

A MARIANA.

Tus formas son elegantes,
Y radiantes
Tus negros ojos se ven;
Tus cabellos delicados,
Y rizados,
Buscan, flotando, tu sien.

¡Cuán hermosa tu garganta
Se levanta
Sobre el seno de marfil!
Es tu mano como nieve,
Y el pié breve,
De perfeccion infantil.

¡Cuánto mi pecho palpita!
Que lo agita
Una esperanza fugaz,
Al concebir que adivina
La divina
Hermosura de tu faz.

¿Por qué ocultas indiscreta
Con careta,
Tu semblante seductor?
¿Temes inspirar al mundo
Mas profundo
Entusiasmo, mas amor?

¿No quieres que el alma mía
La alegría
Sienta en vez de la ansiedad?
¿O piensas que el talle hermoso,
Tan donoso,
No revela tu beldad?

Ese disfraz que á tu frente
Tristemente,
Le ha robado su arrebol,
La ofusca, como en el cielo
Cual un velo,
El nubarron cubre el sol.

Mas tras el velo importuno,
Cual ninguno,
Refleja luz inmortal,
Y nadie ignora en el día,
Bella mía,
Que es el astro sin rival.

Como él, tu beldad radiante,
Semejante
No tiene en la tierra, no;
Y por eso, si te veo,
Al fin creo
Que bien te conozco yo.

¿Dices que si yo te nombro,
En tu asombro,
Te arrancas el antifaz?
Pues bien, te nombras *Mariana*,
Y ya es vana
Esa sombra de disfraz.

Calló, por fin, de tu frente
La imprudente
Máscara que la cubrió;
Y esa tu faz sonrosada,
Y animada,
¡Angel de mi amor! se vió.

Nunca intentes con careta,
Tu completa
Hermosura disfrazar;
Si tu pié tan primoroso
Y talle hermoso,
No consigues ocultar.

Y al que vive con amarte,
Disfrazarte
Nunca debes en razon,
Que aunque el disfraz le engañara,
Le avisara
Su agitado corazon.

FÉLIX MARÍA ESCALANTE.



DIA NUBLADO.



UNA á una fueron muriendo las estrellas en el cielo; se apagaron sus resplandores fantásticos y brillantes, y la reina de la noche dejó de lanzar al mundo sus rayos apacibles y melancólicos. . . . La naturaleza entera despierta poco á poco del tranquilo sueño en que dormía entre el silencio y las tinieblas; las aves se rebullen en sus nidos, se oye á lo léjos el primer balido del rebaño; susurran tristemente las hojas amarillentas que respetó el Otoño, y las flores comienzan á levantarse perezosas sobre sus tallos. Una luz vaga y misteriosa se difunde por los prados páli-

dos aún, por los montes envueltos entre las brumas de la mañana. La creación, para reanimarse, espera los rayos vivificadores del sol; el pajarillo quiere saludarlo con melodioso trino; la rosa enviarle su perfume delicado al beber sedienta una gota de rocío....

Mas en vano espera la creación entera. Nubes cenicientas y color de plomo están agrupadas en el Oriente, y se van extendiendo por todo el firmamento; ocultan la cumbre de la montaña, y roban á la tierra las miradas del sol. Ese velo funerario, hace que el día sea un día sin alba, un día sin aurora, triste como la duda, desconsolador como la esperanza fugitiva. No se tiñe el Oriente de rosicler y de grana; no aparece el gran lumínar flotando en el espacio como un globo de oro; no ilumina con sus rayos las cimas de los montes, ni las copas de los árboles, ni las inmensas llanuras. No: en vano la vista se fija en el Oriente; en vano: solo descubre nubes por todas partes, nubes pesadas é inmóviles; parece que la azul bóveda del cielo ha sido convertida en una cúpula de ceniza.

Y las aves permanecen tristes en sus nidos, y las flores están muertas y descoloridas. Los animales todos de las selvas no saltan contentos; permanecen echados tristemente sobre la yerba, porque un día sin sol es de languidez y entorpecimiento para la creación entera. No sale el labrador ansioso de emprender sus fatigas; su vista se dirige hácia la tierra, su paso es tardío y acaso se detiene silencioso y afligido al pasar por el cementerio de la aldea.

¡Qué triste, qué largo es un día nublado! Todo ta-

citurno, todo marchito, todo pálido y descolorido.... Sin los rayos del sol no relucen las hojas cual bellas esmeraldas, no deslumbran las alas de la mariposa como el topacio y el rubí; no tienen los arroyos y los lagos sus aguas de cristal; ni el rocío parece espléndida lluvia de diamantes.

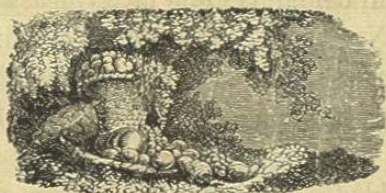
Y esa tristeza de los prados y de los bosques, se comunica al hombre. La imaginación pierde su inmenso poderío, no se remonta atrevida al cielo, porque la detiene ese velo oscuro de nubes espesas, que ocultan el firmamento. La mente también está triste y adormecida, el pensamiento camina con dificultad y pronto se fatiga. Las ideas todas son negras y dolorosas; muere la ilusión, huye la esperanza, se desvanecen las creencias, ese sol del alma, que la vivifica y la reanima.... Nacen, en fin, la duda y el tedio en esos días de duelo para la creación, en que huérfana, en vano desea una sola mirada del Padre de la luz.

Los nublados inspiran una tristeza profunda, hacen decaer el ánimo, comprimen el corazón, y la luz pálida y dudosa de esos días le hace recordar también todas sus dichas perdidas, todas sus horas de llanto y de amargura. Ni una ilusión tan solo cruza por la mente en un día lleno de nubes. La existencia cansa, y horroriza la muerte, porque la fé se debilita en el corazón.

Triste es la creacion en los días que no la iluminan los rayos del sol: todo sufre, todo duerme, no hay vida, no hay esa animacion tan bella, tan admirable que difunde la luz. Sin luz, todo es tristeza, todo es languidez.

El alma necesita, como la naturaleza, de luz que la haga vivir. Esta luz es la fé; sin ella, la existencia es tan triste, es tan pesada, que se parece á la tierra en un día nublado.

1849.—FRANCISCO ZARCO.



EN UN BOSQUE.

A mi amigo José E. Murphy.

ERES un templo augusto, ¡hermoso bosque!
Con naves elevadas de verdura;
Tus columnas, de rústica hermosura,
Son esos troncos que se ven do quier;

Tu lámpara es el sol que resplandece
Al traves del follaje oscuro y denso,
Y las flores te brindan el incienso
Que sube al trono del sublime Ser,